

la cólera popular, intemperancias republicanas. Mas los imperiales son también asaz intemperantes. Han propuesto expulsar de Francia á todos los alemanes. Ya hace días que Suiza está invadida por los desgraciados que el suelo francés arroja de su seno como si estuviéramos en los tristes tiempos del exterminio de razas. Imaginaos cómo llegarán á suelo hospitalario, expulsados de sus hogares, perdidos en sus intereses, azotados por amenazas de muerte. Esta medida y la manía de ver en todas partes prusianos y expías, desacreditan mucho á la nación francesa. Personas respetables, distinguidísimos publicistas, han sido víctimas de estas ridículas alucinaciones. Bastará con decir que un amante adúltero señaló el marido de su amada como prusiano, para entregarse á la criminal pasión libremente, mientras su víctima iba de calabozo en calabozo, y de puesto policiaco en puesto de policiaco. Estas locuras no son propias de un pueblo que tiene el sentimiento de su dignidad y la conciencia de su derecho.

Las medidas políticas y económicas indican el mismo terror. Se ha decretado el curso forzoso á los billetes de Banco, merced á lo cual, esos billetes que eran como oro sonante han perdido el diez por ciento. Se han aplazado treinta días todos los pagos. Se ha pedido que no exijan á los trabajadores el in-

quilinato de las casas que ocupan este trimestre. Un periódico, *El Reveille*, ha dicho que sabía cuántos soldados guardaban á París con detrimento de la independencia francesa, y han suprimido *El Reveille*. Otro periódico, *El Rappel*, ha dado la cifra exacta de la guarnición parisiense, y han suprimido *El Rappel*. *El Times* de Inglaterra no entra en Francia, ni *La Independencia de Bélgica*. Este periódico se ha vengado sangrientamente. ¿En qué se parece *La Independencia* al Emperador? Ha dicho. En que no puede entrar en París.

Mientras tanto el rey de Prusia da una proclama en la cual dice que su guerra no va contra Francia, sino contra el Emperador; no va contra los ciudadanos, sino contra los soldados franceses. ¡Ah! Estas razas del Norte cumplen siempre igual destino; libertan al mundo de esa plaga asoladora que se llama el Cesarismo. Con Alarico y Atila nos libertaron del Cesarismo romano; con Lutero y Melankhon del Cesarismo pontificio; con Mauricio de Sajonia y Guillermo de Orange, del Cesarismo restaurado por Carlos V; y con Wellington y Blucher del Cesarismo restaurado por Napoleon el Grande. Ahora nos libertarán de nuevo con Bismark y con Molke de la última sombra cesarista personificada en el último Bonaparte.

CAPITULO XXXVII.

CASTIGOS.

Día 15 de Agosto.

El día 15 de Agosto. ¡Qué contraste! Otros años las paradas en que lucía sus vistosos plumajes el estado mayor, y sus vistosos uniformes el ejército, y este año las derrotas en que mueren con la desesperación en el alma millares de franceses vencidos; otros años las Cámaras ofreciendo sus mensajes y levantando al cielo sus votos, por la perpetuidad de la dinastía, y este año las Cámaras empeñadas en acelerar su destronamiento á presencia misma del enemigo; otros años millones de luces que se estendian como serpientes de fuego por el suelo, millones de cohetes poblado los aires, la música, la alegría, y este año torvo humo de incendios, cadáveres insepultos y podridos sobre fango sangriento, bandadas de cuervos que graznan y aletean, el crujido de la independencia francesa, de la nacionalidad francesa que se viene á tierra, y el Emperador retirándose, huyendo, pisados los talones por la deshonra y la muerte. *Sunt lacrimae rerum.*

Día 16 de Agosto.

Las noticias más importantes se refieren al Cuerpo Legislativo. La proposición de la iz-

quierda para que la Cámara nombre un comité de defensa nacional va á ser discutida. En vista del gran problema y los difíciles puntos que se relacionan con él, decide la Cámara constituirse en sesión secreta. Reina un silencio pavoroso. La soledad de las tribunas como que aumenta el pavor. Es de noche; la luz artificial da como siempre mayor solemnidad á la escena. Los rostros de los diputados acusan bien diversos sentimientos. La derecha teme, tiembla como bajo el peso de un horrible remordimiento. La izquierda serena, tranquila, aparece fuerte como quien cumple un grande acto de justicia. Julio Favre sube á la tribuna. Hay en toda su persona el aire de un magistrado que va á pronunciar inapelable sentencia. El Cuerpo Legislativo parece un Tribunal. Jamás el acento de Favre fué tan solemne, su voz tan soberbia, su estilo tan sóbrio, sus ideas tan afiladas y cortantes; aquel discurso era un hacha que derribaba no solamente la corona, sino también la cabeza del Imperio. El cuadro que ofrece Francia invadida, amenazada en su independencia, próxima á sucumbir bajo el peso de innumerable raza toda en armas, ese cuadro

terrible estaba trazado para conmover los ánimos. Y cuando ya los tenía profundamente conmovidos, levántose á buscar al único responsable de tamaños males, al que gobernó sin oír las Cámaras, ni la prensa; al que comprometió el ejército francés allende el Océano, en Méjico, mientras su astuto vecino triunfaba en Sadowah; al que condujo las negociaciones diplomáticas hasta llevar Francia al aislamiento y la guerra, hasta llevarla fatalmente á la derrota. Sustituir la nacion al Emperador: este era el pensamiento de Favre. Gambetta lo sostuvo, lo amplió, lo redujo á esas fórmulas fulgurantes que son verdaderos relámpagos de una tempestad de elocuencia. Por fin pronunció la terrible palabra, la palabra destronamiento. El gobierno y la Cámara no aceptaron la idea del nombramiento del Comité de defensa nacional. Pero no lo aceptaron porque dijeron que la Cámara y el gobierno eran este Comité. Observad, sin embargo, un gran fenómeno social. La palabra destronamiento cayó allí donde están los candidatos oficiales, los cortesanos del César, sin que levantase una protesta. Como resonara esta palabra el día que sea pronunciada en los oídos del pueblo, diezmado en la noche de Diciembre, proscrito del derecho, amordazado hasta en su conciencia, conducido ayer entre esbirros á la esclavitud, y hoy entre pretorianos á la muerte.

Pero puede decirse que el destronamiento fué declarado con toda claridad al comienzo de la sesión siguiente. El ministro de la Guerra dió esplicaciones á la Cámara sobre el mando del ejército. Debe constar, dijo, que el general Bazaine no tiene hoy ningun superior. Fuera de él, y sobre él no hay nadie. El diputado Saint-Hilaire preguntó: ¿es Bazaine generalísimo? Sí generalísimo, respondió el ministro. Y la guardia imperial, ¿quién la manda? preguntó el diputado Cochery. La guardia imperial, dijo Palikao, es un cuerpo como cualquier otro, y está á las órdenes del general en jefe, á las órdenes de Bazaine. Despues de esto nadie estrañará que el viejo

Bezoine haya pedido la supresion de la lista civil, y el reparto de esos dos millones de francos mensuales entre los heridos, y las familias de los muertos, víctimas todos de los errores bonapartistas. Nadie estrañará tampoco la protesta de Julio Ferry desde la cima de la tribuna contra una proclama escrita por el Emperador, al separarse de Metz. Nadie estrañará que preguntados los ministros sobre si eran gobierno de las Tullerías ó gobierno de la Cámara hayan contestado que gobierno de la Cámara. Así los telegramas de la guerra, son por Bazaine al ministro del Interior enviados sin que suenen los nombres ni del Emperador ni de la Emperatriz.

Y yo pregunto, y conmigo pregunta toda Europa: ¿Qué es hoy el Emperador Napoleon? Jefe de la nacion, y no da órdenes. Generalísimo del ejército, y no manda un soldado. Personificacion altísima, y única del poder ejecutivo, y los ministros se glorian de no depender de su persona. ¿Qué es? ¡Él! dueño de Francia; ¡él! que ponía límites al espíritu de la gran nacion; ¡él! que llevaba en su palabra la paz, ó la guerra del mundo; ¡él! que á una señal mandaba ejércitos al combate, como los antiguos Césares, gladiadores al circo; ¡él! aislado, solitario, preso de su propio pueblo, herido por el desprecio universal, despojado de sus insignias imperiales, caido furtivamente, debe aparecer á sus propios ojos como la sombra de un sueño. Caer, caerá en el olvido, en el desprecio; tener por término de su vida la indiferencia pública; ignorar qué es, qué significa, qué representa; no poder mandar el ejército que tanto le ha aclamado, ni volver á su capital; no adivinar cuál sea hoy la autoridad de la esposa á quien confió la regencia, ni mañana la suerte del hijo á quien deseó ungir con el óleo napoleónico de la victoria; ¡oh! todos estos dolores no los habíamos adivinado ni sus mayores enemigos, porque ninguna conciencia individual puede sustituirse á la implacable justicia del eterno. La humanidad está vengada.

CAPITULO XXXVIII.

ERRORES.

Día 17 de Agosto.

El ejército francés abandona todas sus posiciones. La fuerte línea del Mosela queda desamparada. Los franceses corren á presentar la batalla en la línea del Marne, en Chalons, sobre los campos catalaúnicos, donde fué vencida la furia de Atila. Pero esta retirada no es una retirada libre y fácil, no. El príncipe Carlos se desliza por las fronteras del Luxemburgo á impedir ó molestar la retirada. El rey Guillermo hace frente al grueso del ejército mandado por el mariscal Bazaine. El príncipe real se adelanta por las llanuras de la Lorena. Un destacamento de su caballería llega á Nancy, la capital de tan fértiles regiones. En la estación del ferro-carril prende al jefe y dos soldados; en la playa toma posesion de la ciudad en nombre del rey Guillermo. Luego reúne el ayuntamiento y demanda una contribucion de doscientos mil francos. El Ayuntamiento regatea y entrega cincuenta mil. Los soldados alemanes dicen que cincuenta mil francos son bien poca cosa para una ciudad de tan bellos edificios. Lo cierto

es que nosotros españoles no podemos comprender cómo una capital, de treinta mil habitantes, cabeza de una de las regiones más feraces de Francia, se entrega á treinta ginetes, sin la menor resistencia. Así comprendemos la patriótica indignacion de Gambetta, los sollozos que anudaban su garganta, las lágrimas tempestuosas que caian sobre su rostro cuando desde la tribuna leía en un fragmento de periódico el relato de estas desventuras de Francia, que ni siquiera habian llegado á noticia de los representantes del pueblo.

Día 18 de Agosto.

Llegan nuevas de un terrible suceso. Hay en París un barrio, radicalmente republicano, el barrio que eligió á Rochefort, la Villette. Varios ciudadanos de este barrio dolíanse de que el gobierno les negase armas, y trataban de procurárselas para combatir hoy al extranjero, mañana al tirano. En su ardimiento, en su ira, acusaban al gobierno de complicidad con el enemigo y de tener por miedo á los republicanos los cuarteles hen-